

# El Invernadero

Francisco Javier Ruiz García



# Capítulo 1

Lector anónimo:

Debes saber que hubo un tiempo en el que entrar al invernadero estuvo totalmente prohibido. La norma la impuso un tal Enrico Ollieri, que se había nombrado a sí mismo dueño de aquella parte de la mansión. Los acontecimientos que os voy a contar transcurren mucho después de que Dorran M. levantase el teatro en el ala norte de la mansión, aunque como ya os habréis dado cuenta el tiempo aquí transcurre de forma distinta, por lo que a decir verdad no sabría especificar cuantas décadas han pasado desde aquello. Escribo esto porque no quiero desaparecer como Ollieri. Siento que, al menos, tengo que dejar alguna explicación. Además, no quiero que su historia sea olvidada y tergiversada con el paso de los años. Esto que vas a leer es real y sucedió así:

Enrico Ollieri llegó a la mansión unas pocas semanas después de que yo lo hiciera. Lo recuerdo perfectamente ya que en aquella época fuimos muy pocos los que llegábamos nuevos. Parecía aquel un día como cualquier otro, en el que me encontraba yo dando uno de mis paseos rutinarios. Me gustaba perderme en el bosque que rodea a la mansión, que por aquel entonces era muy distinto a como está ahora, y probablemente, mientras lees esto, aún siga siéndolo. Era fascinante pasear entre sus árboles milenarios y observar aquellas hermosas plantas de especies de otro mundo. Algunos de estos árboles daban curiosos frutos de intrincadas formas geométricas, y cuyas propiedades venenosas se nos había informado hasta la saciedad. Había flores de colores inimaginables, de cuya existencia yo desconocía hasta el momento y que nunca he podido describir, pues se asemejan más a emociones o sensaciones en vez de a los colores al uso que podemos reconocer en cualquier pintura. Me detenía durante horas a contemplar fascinado el lago rojo que había al norte, que al atardecer brillaba con reflejos violetas, caoba y malva, y a sus extraños pececillos. A veces, incluso, perdía la propia noción del tiempo, descubriendo al despertar de mi ensueño que a mi alrededor ya había caído la noche. Aquella sería una de las últimas veces que podría disfrutar del hermoso paisaje.

Enrico Ollieri se acostumbró pronto a las peculiaridades del lugar. En apenas unos días ya había memorizado el plano de la mansión y se sabía casi todos sus recovecos, cosa que ni siquiera la mujer de azul asegura poder hacer. Era extraño, pues parecía como si ya conociera el lugar, a pesar de que nadie recordaba haberlo visto nunca antes por allí. Había veces en las que nos sorprendía con antiquísimas historias del edificio y de antiguos huéspedes que habían vivido aquí muchísimo antes que nosotros. Ante las preguntas, él mismo aseguraba haber leído todo aquello en algún mohoso tomo de la biblioteca, el cuál nadie conseguía nunca encontrar. Enrico tenía un carácter muy extrovertido, todas las mañanas entraba en

el comedor alzando la voz, canturreando y dando los buenos días a los allí presente. Se preocupaba por los demás y pronto se ganó nuestra confianza. En absoluto se podría decir que fuera un hombre agraciado físicamente, pero había algo en su forma de ser y de hablar que nos tenía a todos cautivados.

Un día en que iba a salir a dar uno de mis paseos Enrico me preguntó si podía acompañarme. Nervioso, pues no sabía de qué iba a hablar con él, asentí. Ambos cogimos unos paraguas y salimos. La lluvia caía incesante, en gran cantidad, formando una cortina que no nos permitía ver más allá de dos palmas. Sin embargo eran gotas muy delgadas que repiqueteaban sobre los paraguas con un sonido suave, creando una atmósfera de tranquilidad y calma. El olor del aire aquel día era indescriptible, un perfume que recordaba a nueces y miel. El bosque nunca ha vuelto a oler así. Anduvimos largo rato hablando de música, literatura y de nuestros viajes en lugares remotos. Era un tipo realmente interesante y con gran sentido del humor. Me preguntó cosas sobre mi pasado, con gran interés y de cómo había llegado a la mansión. Me dio la impresión de que intentaba buscar algo entre mis palabras, como si me estuviera sometiendo a algún tipo de interrogatorio. Estuvimos así hasta que Enrico se detuvo frente a una flor. Se trataba de una planta que también a mi me había fascinado la primera vez que la había visto. Su pétalos eran grandes y carnosos, de color púrpura y parecían tener cierto brillo nacarado. Solamente había visto dos ejemplares de dicha especie, una allí de camino al lago rojo y otra vez cerca del invernadero. Esta última sin embargo se había secado hacía tiempo. Al tocar una de estas flores uno sentía una vibración en la punta de los dedos, como si al entrar en contacto con la planta una suave corriente eléctrica recorriera tu cuerpo. Si uno cerraba los ojos y se concentraba en su tacto podía llegar a escuchar un lejano murmullo e incluso ver imágenes aparecer y desaparecer fugazmente, demasiado rápido para distinguirlos. A pesar de que le conté esto sobre la flor, él pareció no escucharme, ensimismado en aquella planta. La acariciaba con mucho cuidado, casi con ternura, como si fuera aquella la flor más delicada y especial del mundo. Y en efecto lo era, pero yo aún no era consciente. Enrico por el contrario sí.

Volvimos a la mansión sin mediar palabra, yo iba dos o tres pasos por detrás de él, que andaba con urgencia bastante más rápido de lo normal. Cuando entramos ni siquiera se detuvo a dejar el paraguas o a secarse, continuó hasta su cuarto y se encerró allí lo que quedó de día. A la hora de la cena bajó al comedor con un viejo libro bajo el brazo y algo en su rostro me dijo que ya no era el mismo. No saludó a nadie, no habló, se sentó solo con el libro y cenó. Fue de las últimas veces que pudimos verle.

A los tres días tapió las cristaleras del invernadero que hay cerca de la mansión y nos dijo que no podíamos acercarnos allí. Sólo él podría entrar y salir. Se había convertido en un lugar muy peligroso, según decía, y era

responsabilidad suya. Murmuraba por los pasillos frases sobre experimentos y hablaba consigo mismo. Ninguno le llevamos la contraria, pues no solíamos prestarle atención al viejo invernadero, pero todos sabíamos que algo extraño le pasaba a Enrico. Una semana después se encerró allí y nunca más salió. En mis últimos paseos matutinos, un día después de su encierro, me di cuenta de que el bosque estaba diferente, más oscuro, más gris. Parecía como si estuviera volviendo al estado en que se encontraba hacía años antes de la construcción del teatro. Parecía más triste; las flores se inclinaban, mustias, mirando al suelo; los árboles estaban perdiendo sus hojas y sus troncos se resquebrajaban; el lago rojo, al norte, estaba perdiendo su mágico color. Me percaté de que la extraña flor, que Enrico se había detenido a contemplar aquel día, había sido cortada y no quedaba por allí ninguna otra de la misma especie.

Los rumores comenzaron entonces a extenderse entre los huéspedes de la mansión. Había quienes decían que en mitad de la noche se veía a Enrico salir y adentrarse en el bosque equipado con artilugios de cristal y viejos libros. Otros aseguraban que desde que se había recluso en el invernadero casi todos los libros sobre herbología y alquimia habían desaparecido de la biblioteca. Algunos hablaban de ruidos que llegaban apagados de golpes y explosiones. Lo cierto es que nadie sabía que había sido de Enrico. El invernadero estaba completamente cerrado, incluso barricado, para que nadie pudiera colarse en él ni espiar desde las cristaleras. En la puerta de entrada había un cartel en el que ponía, escrito con mala caligrafía "Propiedad de Enrico. No pasar. Riesgo de muerte".

A las pocas semanas todo lo que envolvía a Enrico Ollieri ya se había convertido en otra de las peculiaridades de la mansión. Ya no se hablaba de él, nadie se acercaba al invernadero y poco importaba ya si alguien salía de allí o no por las noches. Su habitación ha permanecido cerrada todo este tiempo, con su nombre aún escrito en la placa de bronce, sin que nadie sepa dónde se encuentra la llave. Los huéspedes fueron volviendo a sus rutinas y con el paso de los años aquel nombre ha caído en el olvido. "¿Enrico Ollieri? ¿No fue el que se tiró al lago rojo en busca de nosequé chiquilla?" Dicen algunos. "No, no, te confundes. Ollieri era el pintor loco ¿cierto?" "Me suena a mí que era el hermitaño del invernadero".

A pesar de todo, yo nunca le he olvidado. Sé que lo que sea que le sucede al bosque tiene algo que ver con él. Desde mi ventana veo como ha ido tornándose en una amalgama de indistinguibles plantas grisáceas y de zarzas, bajo una constante cortina de lluvia. La hierba, otrora una mullida alfombra de verde brillante, es ahora un suelo fangoso y no hay rastro de animales salvajes.

Yo hace tiempo que ya no salgo a dar mis paseos, incluso rara es la vez que abandono la tranquilidad de mi habitación. La última vez que lo hice

fue para visitar la biblioteca, y me traje de allí uno de los pocos libros de herbología que quedaban. He pasado los días y las noches tratando de encontrar entre sus páginas alguna pista que me diga qué le ha sucedido a Enrico o qué era la flor que lo transformó aquel día. Solo he encontrado en su interior un confuso trozo de papel garabateado con su caligrafía que dice así:

*"Gabriel 09-3: ¿Qué son los especímenes? Están definitivamente vivos y de alguna forma están relacionados con nosotros, pues muestran respuesta al acercarse a un ser humano ("o lo que sea que somos" se lee garabateado en pequeño) y al acercarse a la flor. Hay que seguir profundizando en los efectos que produce la flor en un sujeto vivo"*

*Enrico 12-1: El hombre siempre ha tenido un enemigo. Da igual la época, el lugar, la riqueza o la inteligencia. La muerte. Ha perseguido al hombre desde su creación. Sin embargo ¿por qué aquí no morimos? Para morir es requisito estar vivo, por tanto ¿estamos muertos? Los muertos no necesitan alimentarse, ni tienen emociones ni sentimientos... entonces ¿qué somos? La degradación mostrada por Gabriel refleja la existencia del tiempo aquí dentro, pero no transcurre de forma lógica. ¿Lógica?"*

Voy a bajar al invernadero. Tanto Enrico Ollieri como la flor están allí, estoy seguro, una voz en mi cabeza no ha hecho más que repetírmelo desde que leí el mensaje. En sueños veo siempre el edificio de cristal como si me llamara. Desconozco que voy a encontrarme allí abajo, pero sea lo que sea no creo que yo vaya a volver a la mansión. Nada hay ya aquí que me retenga ni despierte mínimamente mi interés. Si alguien quiere saber qué fue realmente de Ollieri o que ha sido de mí, nos os dejéis llevar por las historias que cuenten los demás huéspedes, buscadnos allí abajo.

Firmado Óscar.